

Enrique Malboysson
Un matrimonio de abolengo literario
Mario, el hijo mayor de Blasco Ibáñez, dicta sus comedias a la hija de Luis
Morote
(*Estampa*, 4-6-1932)

Las Morotitas

Doña María, la santa dama, primera mujer de Blasco Ibáñez, por la que sentí un conmovido afecto filial, me hablaba entusiasmada de su marido y de la época dichosa que vivieron en Madrid. El insigne novelista, logrado un intervalo en el dramático fragor de la batalla política valenciana, se instaló con los suyos en la calle de Salas, junto a la Castellana. Sus hijos eran cuatro: Mario, Libertad, Julio César y Sigfrido. Solo uno de ellos murió: Julio, un muchacho simpatiquísimo, generoso hasta el despilfarro y con un talento natural que maravillaba a todos. Lloré su desaparición como si se tratara de un hermano efectivo.

—Mire, Malboysson —me decía doña María—: los tiempos pasados en Madrid fueron los más felices para mí. Yo contemplaba a Vicente como si acabase siempre de volver de la guerra. ¿Usted sabe lo que supone saberlo a todas horas en trance de morir asesinado, o en la cárcel, o en el destierro? Aquellas luchas desarrolladas en las calles de Valencia eran una tortura para mí. Por eso, a costa de tantos y tantos sobresaltos, mi corazón está ya agotado, deshecho. «Vicente —le decía con frecuencia—, ¿por qué no dejas para siempre la maldita política y te dedicas en absoluto a tus novelas?»

—¿Qué contestaba él, doña María? —le preguntaba yo.

—Me daba, eso sí, la razón, y me prometía olvidar para siempre su vida polémica y revolucionaria. «Ahora —me decía—, a escribir nuevos libros y a iniciar grandes negocios. Con los proyectos que tengo vamos a ser ricos, María, y viviremos sin sobresaltos.» «Así sea, Vicente», le contestaba yo. Y con la palabra tan fogosa que posee, y que desborda siempre como un torrente de luz, me hablaba de sus planes fantásticos que habían de proporcionarnos grandes riquezas. Poco después fundaba una publicación que alcanzó un gran éxito: La Novela Ilustrada. La tiraban en la imprenta de El Imparcial, y por treinta y cinco céntimos volumen dio a conocer a los mejores escritores del mundo.

—¿Cumplió don Vicente aquella promesa que le hizo de no volver a ocuparse más de política?

—¡Calle, por Dios, hijo mío! —se apresuraba a contestarme doña María—. Cumplirla hubiera sido matarlo. Todos los días se formaban en casa unas tertulias animadísimas. Sorolla, Castrovido, Mariano Benlliure, Amalio Jimeno y Luis Morote no faltaban nunca. Morote siempre llevaba consigo a sus

dos hijitas: Luisa y Elena, que eran muy discretas e inteligentes. En todas partes se las conocía cariñosamente por las Morotitas: en el *Heraldo de Madrid*, en los círculos literarios, en las redacciones de los demás periódicos. Su pobre padre las quería con locura y las mimaba hasta el delirio. Vicente y yo también les tomamos un afecto paternal. En aquellas reuniones pasábamos muy buenos ratos; pero, a pesar de que todos los contertulios eran siempre artistas y literatos, ¿de qué dirá usted que hablaban? ¿De arte, de libros, de periodismo? ¡Pues no, señor! ¡¡De política!! Como es natural, mi marido llevaba siempre la voz cantante, para pronunciar, sin darse cuenta, arengas demoledoras. ¡Igual que hacía en los mítines de Valencia! ¡Es incorregible! ¡Está envenenado!

A doña María se le iluminaban más y más aquellos ojos negríssimos, saturados de una bondad infinita, y proseguía su plática de cariño y admiración hacia el marido ausente:

—¡Las Morotitas! ¡Qué buenas son! ¿Usted conoce —agregaba en tono bajo y confidencial— lo que Vicente y yo hemos hablado muchas veces?... Pues que nos gustaría que un hijo nuestro casara con una Morotita. Pero estas cosas no se deben aconsejar. Allá cada cual con su corazón. Son muy buenas, muy buenas, las Morotitas...

Algunos episodios inéditos de los primeros tiempos de Blasco

—De Vicente —continuaba doña María— se ha escrito mucho; pero, naturalmente, han quedado infinidad de episodios inéditos.

—¿Por qué no me cuenta algunos?

—Hay uno, sobre todo, que no lo olvidaré jamás. Un día ocurrió en Valencia uno de los constantes motines en que era inevitable la presencia de la fuerza pública, que intervenía con todo rigor. Al regreso de una de esas manifestaciones en que la multitud acompañaba a mi marido hasta casa, Vicente, después de dirigir la palabra desde el balcón, se retiró a almorzar. Estaba tan tranquilo como si no hubiese pasado nada y bromeaba conmigo y con los chicos. De pronto llamaron a la puerta y salió el propio Vicente a abrir. Momentos después me decía: «Ahí está un teniente de la Guardia civil que viene a llevarme a la cárcel. Le he pedido permiso para acabar de almorzar y me lo ha concedido. Mientras, sal tú y le haces los honores; pero te ruego —y creo que me complacerás— que te muestres sonriente; que no advierta ese señor que ni a ti ni a mí nos preocupa el trance». Yo —continuaba doña María— estaba verdaderamente afectada y no podía impedir que el llanto asomara a mis ojos. Pero me acordaba de las palabras de Vicente, y en presencia del oficial de la Guardia civil intentaba reír, resultando la escena un poco grotesca. Salió Vicente, y al verme abatida, me dijo delante del teniente: «Ríete, mujer. ¿No te he dicho que te rías?» El oficial no salía de su asombro, y dándose inmediata cuenta de todo, exclamó, cortésmente y entusiasmado: «Es usted admirable, señor Blasco; pero yo no tengo otro remedio que cumplir

órdenes superiores. Créame que me produce viva contrariedad tener que detenerlo». «No se preocupe, señor mío —le interrumpió Vicente—. Ir a la cárcel es un deporte para mí. Cuando usted quiera.» Y partieron. Unos instantes después enviaba yo a la cárcel de San Gregorio la cama que teníamos siempre dispuesta para tal efecto. Todavía conservo esa cama, que ha estado más en la cárcel que en casa.

—¿Otro recuerdo?

—Este es gracioso. Los veranos solíamos pasarlos en el chalet de la Malvarrosa. Vicente le tiene mucho cariño a esta casona, que con tantos sacrificios levantamos, porque ha sido siempre un apasionado del Mediterráneo. Además, en la Malvarrosa podía escribir con más tranquilidad sus novelas que en la redacción de *El Pueblo*. Era en una de aquellas épocas terribles en que se habían desencadenado todos los amores y todos los odios políticos. Diariamente recibíamos varios anónimos con amenazas de muerte para mi marido. A mí me horrorizaba hasta que se asomase a la terraza, porque temía que lo asesinaran a tiros desde un cañaveral. Yo me constituía en un permanente centinela. Una mañana vi un tipo extraño que se ocultaba para mirarfijamente el chalet. Era de una presencia terrible. Llevaba unas grandes melenas y un traje maltrecho y estrambótico: una especie de chaquet, viejo chaleco de velludo y pantalones de perneras estrechas y con las extremidades deshilachadas. Insistía en su escrutación de nuestra casa. De pronto, se dirigía a la playa, y sin despojarse de sus ropas, se metía mar adentro, hasta que la superficie de las aguas le llegaba a la boca. Salía, y sacudiéndose como un perro, tendíase cara al sol para secarse.

—¿Algún loco? —le interrumpí con ansiedad a la buena de doña María.

—Eso creí; pero nos equivocamos, como verá. Al día siguiente repitió la operación. Nuevas miradas a nuestra casa y al baño, completamente vestido. Aunque no quería hacerlo, para no alarmar a Vicente, no tuve más remedio que advertirle de la presencia de aquel tipo tan extraño. ¿Sería un terrorista que acechaba a mi marido para matarlo? Pero Vicente, que era muy impulsivo, me dijo: «Ahora verás qué pronto descubro las intenciones de ese majadero». Dicho esto cogió una pistola, se la metió en el bolsillo y salió de casa disparado: «¿Qué vas a hacer, Vicente?», le grité atribuladísima. No me contestó. Yo, desde la terraza, lo veía encaminarse hacia el desconocido. Este se le acercó resueltamente. Se pararon cara a cara. Hablaron. Yo veía accionar con energía a Vicente. El desconocido parecía deshacerse en zalemas. Poco después, mi marido soltó una estruendosa carcajada, y cuál sería mi sorpresa al verlos venir juntos y departiendo amigablemente. Penetraron en casa y Vicente le decía: «Pues ha estado usted a punto de que le pegue un tiro, amigo mío».

—¿Quién era? —volví a insistir.

—Pues un muchacho que luego ha sido un gran amigo nuestro. Uno que sentía una manifiesta admiración por Vicente; un obrero místico y original, a quien le atraía el genio del novelista y que quiso acercársele para admirarlo, y, al mismo tiempo, que le permitiese dejarlo estudiar en su biblioteca, ya que tenía muchas ansias de aprender y muy poco dinero para adquirir libros. Aquel personaje enigmático, que se bañaba vestido y que tanto miedo me causó, es hoy uno de los principales astrónomos de España: el que ha popularizado en los periódicos el seudónimo Pigmalión, «el aprendiz de brujo», como lo llama graciosamente Roberto Castrovido.

—Entonces sí cabe decir que Pigmalión le hizo «ver las estrellas».

Y doña María reía de un modo infantil al evocar este pintoresco episodio.

Otras cosas ignoradas del genial novelista

—Tampoco se ha escrito —añadía—mucho de lo que hizo Vicente en su adolescencia. A los dieciséis años, el 8 de diciembre de 1883, impulsado por sus ansias de ser escritor, cogió a sus padres un billete de cien pesetas y se escapó a Madrid, donde estuvo hasta el día 2 de febrero de 1884, fecha en que su madre fue a recogerlo. En 1885 comenzó su primera propaganda republicana por Liria, Pedralva, Bugarra y Alcublas, acompañado de sus incondicionales Martínez, de Alcublas; Plasencia, de Pedralva, y Joaquín Ferrer, vecindado en Liria, pero nacido en Aguilar, pueblo del padre de Vicente. A partir de aquellos tiempos comenzó a hacerse popular en Valencia en los mítines que se daban en los teatros, ya desaparecidos, Tívoli, Pizarro y Colón.

—¿Qué gobernante de la monarquía persiguió más a don Vicente?

—Cánovas del Castillo. Este señor no podía concebir que mi marido estuviera en libertad; pero Vicente correspondía non creces a tan enconada animadversión. En el año 1890, para protestar de la subida de Cánovas al poder, Vicente se echó a la calle al frente de sus correligionarios. En el jardín de San Francisco, donde está la estatua del pintor Ribera —una de las mejores obras de Benlliure—, había un árbol conocido por el de la Libertad. Mi marido se encaramó en el árbol y dijo a la muchedumbre que le seguía unas palabras de cruda protesta contra Cánovas, y la Guardia Civil asaltó la verja que cerraba el jardín y dio una carga espantosa. Vicente se refugió donde pudo, y por la noche unos amigos lo acompañaron al Grao, y un viejo marinero, gran admirador de mi marido, lo metió en una endeble barquichuela, y como si se hallara a bordo de un acorazado, exclamó ufano: «*Don Visent; el que vullga, que vinga ací a traure-lo*».

Luego —agregó doña María—, se empeñó el buen hombre en llevar a Vicente a Marsella, en su pobre embarcación.

—¿Aceptó don Vicente?

—¡Ca! Hubiera sido una temeridad. Aquel día lo pasó escondido en Nazaret, y al anochecer, su padre, don Gaspar, tomó dos billetes en la estación del Cabañal y lo acompañó hasta Barcelona. Desde allí Vicente se fue a París, donde estuvo hasta que, acogido en 1891 a una amnistía, regresó a Valencia.

Mantenedor de unos juegos florales

El gran poeta valenciano Constantino Llombart, fundador de la sociedad Lo Rat Penat, había comprometido en ese mismo año a don Francisco Pi y Margall para que actuara de mantenedor en unos juegos florales. A causa de que a Pi se le había muerto, por aquellos días, su hermano Joaquín, no pudo venir, y entonces Llombart pensó en Vicente para que substituyera a Pi y Margall. Aquella sesión constituyó una victoria para Vicente, que estuvo afortunadísimo en el discurso que pronunció en valenciano, a pesar de que no tenía costumbre de expresarse en esta lengua. El director de *El Correo de Valencia*, don Ramiro Ripollés —no se había fundado todavía *El Pueblo*—, quiso dar a sus lectores, íntegro, el discurso de Vicente, pero como entonces no había taquígrafos mi marido dictó de memoria el mismo discurso, pero en castellano, y así apareció en *El Correo*. ¿Qué le parece a usted? ¿Tiene talento mi Vicente?

Doña María quedaba pensativa, como concentrando sus sentidos en una religiosa devoción. Dijo unas pocas palabras más.

—Después fundó *La Bandera Federal*, un modesto y valiente semanario, y en 1894 nació *El Pueblo*, de cuyas primeras redacciones formaron parte mi hijo político Fernando Llorca, Félix Azzati, Tomás Ortega, Teodoro Santoncha, Avalos, Trilles, Julio Jiménez y otras que no recuerdo. ¡Ah! Se me olvidaba. También perteneció a *El Pueblo* José Martínez Ruiz, que entonces era anarquista y que inició una sección demoledora que titulaba «Bocetos independientes». Martínez Ruiz es el admirado Azorín de estos tiempos. Tampoco se ha dicho que *El Pueblo* murió porque se agotaron nuestros recursos ni que el bueno de Azzati marchó a Madrid en busca de Chapí, porque quería ser músico. Reaparecido el periódico, Azzati fue de los primeros en reanudar su labor en *El Pueblo* y ha sido y es uno de los más leales de Vicente. ¡Qué tiempos aquellos, Dios mío! ¡Qué tiempos! —terminó doña María.

Fusión sentimental Blasco-Morote

Luis Morote, el inolvidable valenciano, uno de los más preclaros animadores de la prensa moderna, murió el 4 de mayo de 1913; Julio César Blasco, el 18 de noviembre de 1919; doña María Blasco, el 21 de enero de 1925, y Vicente Blasco Ibáñez, el 28 de enero de 1928. Cuatro efemérides dolorosas.

Año 1932. Ha cambiado totalmente la faz del panorama en que se maceraron estas evocaciones sentimentales. Viven tres hijos de Blasco Ibáñez: Mario, Libertad y Sigfrido, y las dos hijas de Luis Morote, las Morotitas, Luisa y

Elena. Mario, el hijo mayor del ilustre novelista, sigue las huellas literarias, y Sigfrido es el continuador de las tareas políticas, y la ruta que el padre trazara revive, cultivada con amor y con honor.

Esta tarde he visitado a Mario. Es el mismo de siempre: sutilísimo, inconsútil e ingrátido, cual una figura del Greco. Así, moral y físicamente. Posee una gran cultura revestida con la túnica de una infinita modestia. Ha escrito algunas comedias de pro, y con el estreno de su última producción, *Boira*, escrita en lengua vernácula, acaba de obtener un triunfo clamoroso.

Mario, que apenas sale de casa, se hallaba en cama, doliente y abatido. Tal vez por un fenómeno de concatenación inmaterial aparecería constante junto al lecho del dolor el espíritu de aquella santa doña María, que vigilaba desde los ventanucos de la Malvarrosa a su idolatrado Vicente cuando escribía sus gloriosas novelas ajeno a toda malévol a asechanza. «Son tan buenas las Morotitas...» Este pensamiento materno adquirió forma real, y un buen día, con sol radiante, día de fiesta mayor y optimismo, Mario Blasco, que no quería morir, contrajo matrimonio en el propio lecho, enfermo, con una Morotita, con Elena, que había sido su constante ángel bueno. Y aquel hogar, triste hasta entonces, se vio invadido por la euforia.

Las comedias de Mario Blasco

—Elena —se apresura a decirme—es mi secretario, mi consejero y un crítico implacable. Como sabes muy bien que la vista me falta cada día más y que no puedo ya escribir, le dicto a Elena mis comedias.

—¿Cuántas llevas estrenadas?

—Verás. Mi primera producción fue *Mala hierba*, que la dieron a conocer en Eslava, de Valencia, Pepita Díaz, el pobre Santiago Artigas y Pepe Isbert. Fue en 1922, la última vez que mi padre estuvo en España, para ver mi obra. Se entusiasmó. Mi padre, que era rudo y franco con todos y especialmente con sus hijos, me dijo; "Debes seguir escribiendo. Me ha gustado tu obra». Después la estrenó Emilio Portes en el Teatro Fuencarral, de Madrid. También agradó mucho. En ella abordo el problema de la enseñanza rural, perseguida por el caciquismo.

—Otra obra...

—Después escribí *Caridad*, que tradujo al valenciano Hernández Casajuana. Combato la caridad artificiosa. Luego estrené *La plaga*, comedia dramática en tres actos, en la que planteo el problema agrario, que representaron en Eslava María Luisa Moneró y Paco Alarcón. Mi padre, cuando leyó la obra, me escribió diciéndome que era lo que más le había gustado. Le sucedió *La noche bruja*, comedia en tres actos, en la que presento unas escenas del Chaco, vividas por mí cuando fui con mi padre a la Argentina. Yo estuve con él en las colonias de Corrientes y Río Negro. *La noche bruja* la estrenó en el Principal la compañía de María Gámez, e igualmente obtuvo un

gran éxito. Para reponer mi salud dejé algún tiempo de escribir, hasta que he dado al público esta última comedia, *Boira*, escrita en valenciano, y que tanto ha gustado.

—¿Cuánto tiempo tardaste en escribirla?

—Quince días. Pero lo más gracioso del caso es que la he dictado en valenciano a mi mujer que es madrileña. ¿No es asombroso? Mira —añade—, ahora que ha salido, te diré que Elena tiene un gran talento. Y, además, es una santa.

—¿Dónde escribes las comedias?

—En el campo siempre. En la pinada de la Vallesa de Mandor tenemos una caseta refugio. Primeramente paseamos Elena y yo. En seguida a trabajar. Le dicto, toma las notas, y luego, en casa, lo copia a máquina. Cuando hemos terminado de escribir, Elena me lee el libro último y lo dejamos escondido entre las matas para el día siguiente. Y para que veas lo que son las cosas — agrega en son triunfador—, no me lo roban jamás.

—¿Cuáles son tus autores predilectos?

—Lennormand, Cantillon, Achard y Pellerin, y de los españoles, Benavente, que está muy joven; Ugarte, López Rubio, Valentín Andrés Álvarez y otros pocos más.

—¿Piensas escribir mucho para el teatro?

—Todo cuanto pueda. Tengo varias obras en proyecto. El teatro es la mayor ilusión de mi vida.

El más remoto recuerdo de Luis Morote

—¿Te acuerdas mucho de Luis Morote?

—Hombre, ya lo creo. Lo quise muchísimo, porque fue uno de los más grandes amigos que tuvo mi padre. La impresión más remota que tengo de don Luis es inolvidable. Un día, Morote, Sorolla. Mariano Benlliure, mi padre y yo, fuimos a comer una paella a un merendero de la Bombilla. Mientras se guisaba, mi padre y sus amigos, desprovistos de las americanas, empezaron a jugar al cané. Como no había chapas para voltear el canuto, mi padre propuso que utilizáramos monedas de a duro. A Sorolla, que era un hombre algo tacaño, aquello le pareció una profanación y no quería jugar, mas no tuvo otro remedio, y también se inscribió en la partida. Pero siempre ganaba Benlliure, que se hizo con los cuartos de todos, y mi padre, encorajinado, le lanzó al rostro este reproche: «*No pots negar que has segut un pillet de platja*». ¡Cuánta gracia le hizo a Morote la escena! ¡Todavía parece que lo estoy viendo reír! — añade Mario.

Cuando Luis Morote estuvo a pique de ser fusilado en Cuba

—Mi padre —agrega Mario—, siempre que hablaba de Luis Morote, lo hacía en términos fraternos y efusivos, poniendo de relieve las excepcionales condiciones de alto periodismo que poseía su amigo y compañero idolatrado,

quien en justa reciprocidad afectiva, era el principal animador de las novelas de mi padre, cuya aparición saludaba con aquellos extensos y admirables artículos que publicaba en *El Herald*, y que Morote, uno de los escritores más fecundos y rápidos que han existido, los escribía a vuela pluma de una sentada, en una carrera vertiginosa de la pluma.

—¿Oíste relatar a tu padre la odisea de Morote en Cuba?

—Ya lo creo. Repetidas veces. La sé de memoria. El formidable periodista había sido enviado a las Antillas por *El Liberal* para que hiciese la información de la guerra de las colonias. Sus crónicas, por la amenidad con que estaban trazadas y por la visión certera que su autor tenía del problema, eran leídas y robustecieron el prestigio de *El Liberal*, que alcanzó una difusión enorme. Creo que era en el año de 1897, y a raíz de conceder el Gobierno la autonomía política a Cuba, Morote quiso cerciorarse del efecto que dicha medida causara en el campo enemigo. ¿Qué hacer? La empresa era arriesgadísima, mas se sobrepuso a todo razonamiento el amor propio profesional, y Morote no titubeó, y sin decir a nadie una palabra se internó en el campo rebelde. No tardó en caer prisionero y fue conducido a presencia del general cubano Máximo Gómez, quien dominado por vivísima indignación quiso fusilar al osado sin formación de causa. «Soy un periodista español, no un espía, señor —le dijo Morote—, y vengo en plan pacífico para consultar a ustedes cuál ha sido el efecto que les produjo la concesión de la autonomía política que el Gobierno de mi país acaba de otorgarles.» Máximo Gómez le interrumpió con brusquedad: «Si firma usted una declaración mediante la cual se reconozca en absoluto nuestra independencia, quedará en libertad. En caso contrario, será fusilado».

—Morote se mantuvo digno —interrumpo a Mario.

—Y tanto, como que se limitó a contestar al cabecilla: «Yo no debo, ni puedo, ni quiero firmar eso. Fusíleme cuando quiera». Esta respuesta enérgica y varonil encolerizó más a Máximo Gómez, e inmediatamente ordenó que Morote fuera encerrado en un calabozo, incomunicado y con guardias de vista. Desde aquel imponente momento, Morote fue considerado como reo de muerte. Cuarenta y ocho horas después lo juzgaba un Consejo de guerra. El fiscal lo trató de un modo despiadado, acusándolo de espía y pedía para él la pena de muerte; pero el defensor resumió su brillante discurso en estas palabras magníficas: «Si lo fusiláis, me voy de Cuba, embarco para Nueva York y doy cuenta al Gobierno de este atropello». Y Luis Morote fue absuelto, no sin que este dijera a los miembros del Consejo: «Del amor que vosotros tenéis a Cuba podéis juzgar del amor que yo tendré a España. Si lo que he hecho es un delito, podéis matarme. Si mil veces se presentara la ocasión, otras tantas haría lo propio». Años después, Máximo Gómez escribía a Morote una carta emocionada, rebotante de admiración y cariño.

—También fueron famosas las andanzas periodísticas de Morote en Portugal, Marruecos y Rusia.

—Igualmente dignas de admiración. Poseía un temperamento excepcional. ¡Pobre don Luis! ¡Murió demasiado pronto! ¿Qué dirían él y mi padre de la España de hoy?

Mario inspiró algunas obras a su padre

Hablamos a continuación de mil cosas diversas, y nuestra charla hace un alto en la estancia de Blasco Ibáñez en Argentina, de la que tanto se ha fantaseado.

—La verdad —dice Mario— te la expondré en unas palabras. Mi padre tenía el propósito de escribir una obra grande, titulada *La ciudad de la esperanza* (Buenos Aires). Se quedó solo en su imaginación. En cambio, *La tierra de todos* (Río Negro) vio la luz, como sabes. Yo la he vivido y conocí sus personajes, incluso algunos episódicos, de los cuales le hablé a mi padre mucho antes de escribir la obra, y cuál sería mi sorpresa al verlos desfilar después en su novela. Uno de ellos fue gran amigo mío. Era un arquitecto austriaco que trabajó en nuestras colonias como simple albañil. Poseía una gran cultura y una inmensa simpatía y me agradaba mucho hablar con él cuando no estaba borracho, que solía ser en casi todo momento. Tenía una tragedia en su vida, y por eso se hundió en la embriaguez: le habían asesinado a su mujer, de la que estaba enamoradoísimo.

—Es interesante.

—Pues todavía hay más. También pensaba escribir mi padre, cosa que tampoco realizó, *Los murmullos de la selva* (Corrientes), en cuya obra evocaba al Sigfrido wagneriano. Hubiese sido su mejor novela, en la que iba a describir la exuberancia de la vegetación a las márgenes del río Paraná y las constantes revoluciones indígenas. En *La ciudad de la esperanza*, el personaje central es el tan popularizado en sus obras «Isidro Maltrana». En un paseo que dimos por la avenida de Mayo, mi padre me contó el asunto. Destacaba en la novela un pajarraco simbólico cuajado de billetes de banco. Volaba a ras de las cabezas de la muchedumbre, y a cada aleteo sugería un nuevo negocio absurdo. En el último capítulo de la novela un hombre arruinado iba a pegarse un tiro, sentado en un banco de la avenida. Es el único que se da cuenta de la existencia del pajarraco. Ahí iniciaba el novelista la obra de evocación histórica. Isidro Maltrana, embriagado y tambaleante, acababa de salir de un cabaret, y en plena rúa dinámica, urbana y populosa, rememora la fundación de Buenos Aires por Juan de Garay. El borracho se cree en plena selva y tiene que apartarse de los automóviles, estos vehículos de la civilización que se le vienen encima y que están a punto de atropellarlo. Esta es, en síntesis, la obra. ¿No te parece que es un dolor que no la escribiera mi padre?

—¿Por qué no lo hizo?

—Porque tuvo que regresar a Europa. Poco después estallaba la guerra, que tan apasionadamente lo absorbió.

Final

Enmudecemos. Surge un silencio añorante y saturado de honda cordialidad ante unos nombres: Blasco y Morote. Luz de crepúsculo vernal. Mario, instintivamente, sumerge sus manos perspicuas en el espacio, como si quisiera aprehender algo que le es esencial, y exclama:

—Elena, Elena, ¿dónde estás?

Aparece, solícita y cariñosa, su dulce compañera. Se le aproxima, mimosa y maternal, le acaricia una mano, y le dice:

—Mira, Elenita, mañana continuaremos el trabajo. Iremos al campo. Se me han ocurrido unas escenas.

Y aquella Morotita de antaño asiente, tal vez con mayor emoción que otras veces, ante la charla evocadora de esta tarde de aquellos valencianos inolvidables, Blasco Ibáñez y Morote, que ansiaban perpetuar en sus hijos la hermandad espiritual y gloriosa que unía a los padres.